

El mundo actual y la universidad

En las últimas décadas se han producido profundas transformaciones sociales, tanto materiales como subjetivas que tienen indudablemente carácter planetario. La revolución de las tecnologías de la información y la reestructuración de la economía, al decir de Castells¹, “han inducido una nueva forma de sociedad, la sociedad-red”. Esta sociedad-red se caracteriza por la globalización de las actividades económicas decisivas, por su organización en redes, por la flexibilidad e inestabilidad del trabajo y su individualización, por una cultura de la virtualidad real y por “la transformación de los cimientos materiales de la vida, el espacio y el tiempo mediante la constitución de un espacio de flujos y del tiempo atemporal”.

En el mundo actual, a diferencia de las revoluciones agrícola e industrial, la economía fue cambiando de la propiedad de bienes a la apropiación del conocimiento como elemento central, mientras la educación se transformó en una herramienta para aprender destrezas del pensamiento en lugar de habilidades manuales. El *crecimiento* de esa sociedad del conocimiento depende de la producción de nuevos conocimientos, su *traducción* a través de la educación, su *divulgación* gracias a las tecnologías de la información y la comunicación y su *empleo* mediante los procedimientos industriales o servicios.

Indudablemente, la revolución informática y de las comunicaciones se manifiesta en la interculturalidad, los cambios demográficos y epidemiológicos y ello obliga a generar una respuesta educativa para atender nuevas necesidades. La introducción de la robótica, la extensión en el uso del *Internet* y la disponibilidad de tecnologías como el libro electrónico, las bibliotecas digitales, las nuevas fuentes de consulta y las experiencias interactivas entre docentes y alumnos, permiten incorporar modalidades de aprendizaje distintos a los tradicionales en un entorno fluido donde el cambio es la constante.

No es posible aprehender la complejidad de esa realidad desde perspectivas disciplinarias, como tampoco hacerlo a través de un pronunciamiento acrítico por lo complejo. Sin embargo, al interior de las universidades la división de la práctica del trabajo intelectual por disciplinas sigue vigente, convirtiendo las razones ideológicas de esa escisión en una justificación para las especializaciones intelectuales. Como plantea Wolf²: “para resolverlo no alcanza con volverse multidisciplinario, esperando de ese modo que una adición de todas las disciplinas conduzca a una nueva visión sino que el mayor obstáculo para el desarrollo de una nueva perspectiva radica en el hecho mismo de la especialización en sí”.

Existe, por lo tanto, un gran desafío para quienes plantean superar esta arquitectura, si no se abordan fenómenos de creciente complejidad desde elementos problemáticos comunes, situados en el nivel de la propia producción del conocimiento. Los desarrollos de las ciencias han obligado a los investigadores a proceder a través de recortes de la realidad que permiten convertir un problema en objeto de estudio, sin quedar subordinado a las exigencias internas de las disciplinas, sino generando una práctica social porque reconoce en sí misma a un conjunto de dimensiones articuladas.

Nunca ha sido posible pensar la universidad sin incluir su compromiso con el conocimiento. Compromiso que, como expresa Lemaitre³, implica aceptar la complejidad de lo real, conservar y acumular los saberes que construye sobre una base cultural común, comprometerse con el conocimiento teórico y su contrastación con la realidad y también con el conocimiento instrumental y su permanente actualización. Es un actor privilegiado ya que puede participar en todos estos procesos a través del papel fundamental que desempeña en el ámbito de la investigación y la explotación de sus resultados, a través de la cooperación técnica y del aprovechamiento de las ventajas tecnológicas, en la educación especialmente en la formación de investigadores y en el desarrollo regional y local.

¹ Castells M. La era de la información. Vol I. La sociedad en red. Madrid. Ed. Alianza. 1996.

² Wolf ER. Europa y la gente sin historia. Buenos Aires. FCE; 2000.

³ Lemaitre MJ. Certificación de títulos y grados en la educación superior chilena. Caracas. IESALC; 2005.

Morin⁴ ha planteado que los involucrados en los procesos de construcción del conocimiento deberán aprender “a navegar en un océano de incertidumbres a través de archipiélagos de certezas”, haciendo imprescindible por un lado, el análisis de los elementos de la sociedad del conocimiento y por el otro la elaboración de propuestas que permitan una transición democrática e incluyente. Frente a este panorama, se impone una nueva perspectiva en la educación superior desde su concepción filosófica hasta las estructuras académicas y administrativas que le permitan seguir ejerciendo el papel de vanguardia en la formación de profesionales competentes para estas nuevas misiones. Es con referencia a este tipo de situaciones que ha de definirse o redefinirse el lugar de las instituciones de educación superior y de las comunidades que la componen, en términos de su necesaria pertinencia en el mundo actual.

Las cuestiones se instalan hoy en *el conocimiento del conocimiento* de la institución universitaria y su vinculación con la responsabilidad social y los mecanismos de articulación que es capaz de establecer con la sociedad que integra y con el estado. Esto adquiere consecuencias en el ámbito metodológico. El científico debe retomar las funciones cognitivas, las capacidades explicativas y los contenidos teóricos consolidados a fin de recuperarlos desde el “tiempo histórico”, es decir desde el momento espacial y temporal.

Como afirma Brunner⁵ ...“la universidad nunca ha dejado de estar al centro de los conflictos de su época; nunca ha podido eludir las responsabilidades que le encomienda la sociedad ni sustraerse a las fuerzas que residen en los otros espacios ciudadanos: el estado llano, el mercado, la política y el poder cultural”.

Esas inquietudes que palpitan en su seno obligaron a las instituciones universitarias del mundo a entablar consigo mismas un diálogo de esencias. Es tiempo de investigación por problemas. Es tiempo de práctica social curricular y de redes estratégicas. Es tiempo de traducción del conocimiento para el bien común.

Dra. Noemí Bordoni

⁴ Morin E. Los siete saberes necesarios para la educación del futuro. Paris. UNESCO. org 1999.

⁵ Brunner J, Educación Superior en América Latina. Cambios y desafíos. Santiago de Chile. SIDALC, 1990.